



LAS NUEVAS FRONTERAS DE EUROPA

Bronislaw GEREMEK

Hoy se observa en Europa central y oriental un rechazo irracional hacia la memoria del comunismo. ¿Cómo se explica usted esta actitud, como historiador y como ciudadano?

—La cuestión de la memoria es clave en la formación de las sociedades democráticas en Europa central. No se puede abordar sin tener en cuenta sus ambigüedades. La memoria ha sido uno de los elementos de la oposición al comunismo. En 1989 incluso se tuvo la impresión de que el cambio se hacía en nombre de la memoria violada. Pero se ha demostrado que es imposible reconstruir la democracia con partidos políticos que se habrían limitado a tomar el relevo al comunismo. Y también ha quedado claro que esta necesidad de memoria respondía

principalmente a la necesidad de afirmar la identidad nacional herida y recuperar el derecho a la verdad.

Además, coexisten en los países poscomunistas dos actitudes contradictorias. La primera es la del olvido; se quiere olvidar lo antes posible la experiencia anterior, construir el futuro partiendo de lo sincrónico y actual, es decir, con la mirada puesta en otros países de la Europa democrática. La segunda actitud es una necesidad de hacer balance del pasado que no coincide con los intereses del historiador. En los países poscomunistas el derecho a la memoria resurge en forma de derecho a la justicia, rayando casi en la necesidad de venganza. Así pues, hay que tener en cuenta estas contradicciones propias del periodo de transición.

—¿En qué medida ha alimentado el oficio de historiador su compromiso en Solidaridad y en qué medida alimenta hoy al diputado de la Dieta?

—Durante mucho tiempo tuve un sentimiento de absoluta separación entre mi actividad pública y mi oficio de historiador. Por otra parte, era importante para mí ejercer el oficio de historiador independientemente de la política y además tenía la impresión de que no me ayudaba para nada en mi función pública. Reflexionando ahora creo que estaba equivocado, que de hecho todo mi compromiso público consistía en ejercer la función del intelectual en general y del historiador en particular, que consiste principalmente en hacer una reflexión crítica de su tiempo en relación con la historia, manteniendo simultáneamente cierta distancia crítica para con el presente. Fernand Braudel decía que los mejores futurólogos son los historiadores porque los economistas y los políticos están demasiado condicionados por el presente. El historiador posee un gran campo de experiencia.

El intento de situar el presente; el momento actual, si no a largo plazo sí al menos en una evolución con mayor proyección de futuro, y el hecho de plantear de vez en cuando el problema de las consecuencias reales que pueden tener las acciones y las decisiones políticas, me resulta de gran ayuda. No es sólo una ventaja. Un intelectual que participe activamente en la vida pública y considere su compromiso como un servicio necesario, debe ser consciente al mismo tiempo de que la política tiene sus derechos a no conocer las consecuencias de las decisiones políticas que se está a punto de tomar. Esto puede generar cierto malestar y la acción política debe liberarse de estos malestares psicológicos, pues ya hay demasiadas limitaciones que afectan a la esencia misma de la vida económica, política y social.

—Pero, al mismo tiempo, la evolución del político y la evolución del historiador

pueden, en ocasiones, si no entrar en conflicto sí al menos sufrir ciertas tensiones. El historiador tiende a ser un espejo de la sociedad, y su norma es decir la verdad con la máxima fidelidad, incluso aquellas verdades que no siempre resulta agradable oír o decir. El político, por su parte, debe medir sus palabras. Sabe cuáles son las consecuencias inmediatas de cada una de ellas. No es fácil ser las dos cosas a un tiempo; al menos ser lo primero en París, en el Collège de Francia, y lo segundo en la Dieta de Varsovia.

—Para no caer en un discurso retórico, yo diría que el historiador debe decir la verdad. El político no siempre puede hacerlo. Así pues, mi manera de ser historiador en la vida política es no mentir jamás. Pero, a veces, esto implica ciertos silenciosos. También a veces, si uno se sitúa en el plano de la obligación de político y de la obligación del historiador, hay momentos de debilidad. Pero creo que es posible conciliar estas dos posiciones, estos dos roles sociales tan diferentes. Dicho esto, y dejando a un lado mi caso personal, en todos los países poscomunistas la presencia de los intelectuales en la vida pública ha estado ligada principalmente a una necesidad de compromiso —tal como preconizaban los existencialistas a orillas del Sena tras la Segunda Guerra Mundial— que era un compromiso honesto.

Asimismo, hay que tener en cuenta una situación de hecho: es en el medio intelectual donde se han encontrado más fácilmente personas en condiciones de ejercer el poder. Cabe preguntarse si esta situación es pasajera: los intelectuales vuelven en gran medida a su papel de testigos, de observadores y analistas políticos; pero también participan en cierto modo en la vida pública, y su presencia es importante. Durante mucho tiempo he dudado sobre cuál era la respuesta más adecuada a la cuestión de si Václav Havel debía presentarse a las elecciones presidenciales de la República Checa

tras la separación del país. Creo que ha tomado una buena decisión. Hasta el momento, podemos decir que al asumir responsabilidades políticas sigue cumpliendo la misma función de intelectual en la vida pública. Aun cuando se trata de una transición, me gustaría que esta transición dejase algo bueno en Europa central. Sin embargo, no sólo hay que aceptar que la política tiene sus derechos, sino admitir que la política es, querámoslo o no, una profesión. Durante mucho tiempo dije que me consideraba un diletante en política, que no era un político. Decir lo mismo ahora sería una frivolidad. Se me puede considerar como un político que cumple su obligación con conciencia profesional y conoce las reglas del juego, o como un mal político.

—La llegada de los intelectuales al poder, tal como se produjo en 1989, ¿no ha provocado tal vez una ilusión óptica? Hemos creído que con ello se consagraba la función privilegiada de los intelectuales en Europa central: la cultura como sucedáneo de la política que usted evocaba y que ha prevalecido durante mucho tiempo. ¿No cree que la incorporación de la libertad parlamentaria y de mercado a la vida cultura revaloriza el papel de la cultura y del intelectual en la sociedad?

—Si bien en ocasiones se observa cierta amargura con respecto a esta «traición de los doctos», a esta separación entre el poder político y los intelectuales, esto sería la prueba de que los intelectuales comprometidos con la vida pública a partir de 1989 han ejercido mal su función de intelectuales. Lo que me parece importante es que tanto en el plano político como en el económico las cosas van bien. Puedo ser crítico en lo referente a ciertos cambios en la vida política de nuestro país, pero el hecho de que haya habido un cambio democrático —al menos en Polonia y en Checoslovaquia— en los equipos y en la línea política es ante todo un triunfo de la democracia y yo me alegro por ello.

Si bien debo admitir que ha habido momentos amargos —y no me gusta tener que reconocerlo—, nunca han tenido nada que ver con los logros o los fracasos de las reformas económicas o la democracia, sino que respondían más bien a mis relaciones con los hombres. Hombres a los que he conocido en tiempos difíciles, y que entonces se comportaban de un modo admirable, revelan de pronto frente al poder facetas que no me gustan. Me asombra ver hasta qué punto el poder corrompe, hasta qué punto el atractivo que ejerce tiene consecuencias destructoras en el plano psíquico. Pero al margen de esto no tengo sensación de fracaso. Y es muy importante que en los países poscomunistas la capacidad de análisis crítico no entre nunca en total contradicción con el compromiso político, aun cuando exista una inevitable tensión entre ambos. Puede ser así, correríamos el riesgo de perder cierto capital de movilización contra los regímenes totalitarios o autoritarios. Se trata de un capital de base, vinculado no a un simple compromiso partidista o movimiento ideológico, sino a la elección de ciertas opciones étnicas.

—¿Las actuales élites polacas son portadoras de este sentido de la moral política al margen de las principales figuras de la transición? ¿Son portadoras de proyectos de sociedades y de la defensa de los valores comunes europeos?

—No estoy seguro. Tengo la impresión de que, de manera general, vivimos en Europa una crisis de élites, y esto no afecta únicamente a los países del Este sino también a los del Oeste. Atribuyo esta crisis a dos factores muy diferentes. El primero es una intensa aceleración de la historia que ha desbordado la capacidad de análisis e imaginación de las élites europeas. El segundo es la separación de los intelectuales de la vida pública. Un intelectual occidental que se respeta a sí mismo no interviene en la vida política. Un intelectual de Europa central que se respetaba a sí

mismo intervenía en la vida pública. ¿Hay alguna posibilidad de conciliar estas dos actitudes a medio plazo? Lo ignoro.

Las élites intelectuales europeas son responsables de la producción de las utopías, algunas de las cuales han tenido un resultado nefasto para Europa. Sin embargo, ahora que Europa se encuentra en una encrucijada y debe pensar en sus proyectos para el futuro, se constata su ausencia. Es un hecho inexcusable. Y existe una responsabilidad común y compartida entre el Este y el Oeste.

—Se ha hablado de la revolución de 1989 como de una vuelta al pasado. ¿Es eso cierto, y si lo es, de qué pasado se trata? ¿El de 1848 o el de 1918? ¿Son compatibles la idea de democracia y la idea de nación, o bien se trata, como se nos muestra a menudo en Occidente, de los demonios de entre guerras: el desastre económico, el auge de los nacionalismos, los populismos, todos los conflictos sofocados o congelados durante el periodo comunista? ¿Cómo ve esta cuestión de la vuelta al pasado?

—Tengo la impresión de que la historia no nos ayuda demasiado a comprender el presente, y todas las analogías existentes permanecen al margen del contenido de la experiencia que ahora se vive. Soy de los que desde 1989 afirman que existe una posibilidad de que resurjan los fantasmas del pasado; soy de los que, desde el primer momento, han intentado movilizar a la opinión pública contra el populismo, contra la vuelta de un nacionalismo agresivo. Pero no creo que sea posible analizar la situación actual a la luz de una tradición no democrática o débilmente democrática de esta región de Europa, dejando a un lado a Checoslovaquia. La analogía de la revolución de 1848 es mucho más pertinente, porque plantea en primer lugar el problema de las élites intelectuales en la revolución y, en segundo lugar, el vínculo profundo entre el hecho nacional y la democracia. Y si bien

es posible establecer este tipo de aproximación, existe un extraño paralelismo entre 1848 y 1989. No estoy seguro de que en 1989 se produjera una revolución de acuerdo con la teoría de la revolución. Cabe hacerse la misma pregunta sobre la revolución de 1848. Esta revolución tampoco encaja en las teorías de la revolución que hoy se aplican en las sociedades modernas.

—Parece que hoy el único proyecto, al menos en Europa occidental, es el proyecto europeo, que consiste en superar el debate nacional, considerado estéril, mediante una especie de huida hacia adelante. ¿Acaso este proyecto, propuesto más bien por las élites políticas y tecnocráticas —de ahí que se conceda mayor importancia al derecho que a los valores— y formulado con nuevo vigor tras la caída del muro de Berlín y la reunificación de Europa, conserva su fuerza y su validez? ¿Cómo se contempla desde Europa central?

—Se habla desde hace mucho tiempo del ocaso de las ideologías. La desconfianza hacia las ideologías es ya vieja. Pero, si bien el ocaso de las ideologías ha puesto fin a ciertas utopías nefastas, los proyectos de futuro son otra cosa. El origen de esta actitud es la aceptación de la duda, pues la auténtica tradición europea es la tradición de la duda. Estas ideologías que agonizan, y cuya muerte se celebra, contradicen esta tradición de la duda. El proyecto europeo debería dudar de todas las certezas. La auténtica dificultad del proyecto europeo estriba en la existencia de cierta disparidad entre el discurso sobre los valores y la cultura, por un lado, y el discurso sobre la economía y la Comunidad Europea por el otro. El primero es un discurso retórico, el segundo es un discurso tecnocrático. Son dos nuevos vicios de esta empresa. ¿Cómo superar este obstáculo? Hasta ahora no se ha pasado de un debate sumamente vago sobre los valores. Para decir dónde están las fron-

teras de Europa hay que olvidarse de la geografía, pero hay que hablar de la cultura. Y si hablamos de economía hay que olvidar el lenguaje tecnocrático porque perjudica la realización de los intereses de Europa. La Unión Europea depende en gran medida de nuestra capacidad para convencer a la gente de las bondades de la idea europea.

El impulso antitotalitario de la libertad dirigido contra el comunismo era un impulso europeo por excelencia. Se creía que la vuelta a la libertad sería una vuelta a Europa, y se ha comprobado que las puertas de Europa estaban cerradas. El desencanto, una palabra que se emplea demasiado a menudo en nuestros países, se refiere también a la idea de Europa. Ultimamente, en Polonia se considera a los «europeos» grandes ingenuos que propugnan una política contraria a los intereses nacionales. En los años setenta un dibujante polaco creó el personaje de un intelectual que, vestido con un abrigo hecho trizas, pasea bajo la lluvia. El hombre tiene frío y repite sin cesar: «Soy europeo, soy europeo, soy europeo». La representación de este intelectual se convierte en un arma contra el espíritu europeo. El debate parlamentario y las decisiones políticas polacas se están apartando ahora de la idea europea. De hecho, aún cuando Europa es ajena a todo fundamentalismo, la cerrazón de la Unión Europea amenaza con sumir a Europa central en otro tipo de fundamentalismo. Lo paradójico de la situación es que el éxito de la Unión Europea se haya realizado en contra de la tradición aperturista de Europa. La Unión Europea se ha construido sobre la cerrazón. La integración europea se halla por tanto en una importante encrucijada. Si no recuperamos la tradición de Europa como civilización de apertura, no sé qué será de este continente.

—El desfase que usted menciona entre la Europa de los valores y la cultura y la Europa económica amenaza con conducir a una ruptura. La primera Europa es unificadora. La segunda, por el contra-

rio, es fuente de división. Es posible llevar puesto un impermeable agujereado y ser portador de valores europeos. El argumento utilizado por Europa occidental hasta el momento es que era difícil que países sin mercado se incorporasen a la Unión Europea. Parece que los países de Europa central están a punto de lograr el paso a la economía de mercado, pero las puertas de Europa occidental siguen cerradas, al menos en el plano económico, y el hecho de que permanezcan cerradas, por cualquier tipo de razones económicas o de política interna, dificulta enormemente la tarea de los europeos portadores de los valores y la cultura.

—La experiencia de Europa central ha sido un éxito en lo que se refiere a la transición a la economía de mercado y esto es muy importante porque el mercado, como dice Alain Touraine, es un fenómeno antitotalitario. La lucha contra el comunismo se ha realizado principalmente en nombre de la democracia, pero resulta que la democracia no contiene un mensaje antitotalitario claro y único. Antes al contrario, podemos afirmar con Pierre Hassner que el reverso de la democracia es la tentación autoritaria o totalitaria. Esa es la situación en la que nos encontramos hoy. Occidente demuestra un egoísmo exacerbado que amenaza con reforzar el proteccionismo americano, proteccionismo del que la Unión podría intentar defenderse a su vez mediante el proteccionismo hacia los países de Europa central. Y si intento como contable, y no como político o intelectual que reflexiona sobre la cultura, hacer balance de los acuerdos existentes entre los países de Europa central y la UE, constato ante todo que estos países pagan un altísimo precio a cambio, el de la adaptación a todos los niveles: leyes, pesos y medidas, aduanas, mercados... Y no reciben ayuda de la Unión Europea, pese a lo que se dice. Cuando España y Portugal se incorporaron a la Unión Europea, su nivel de vida era comparable al de los países de

Europa central. Su adhesión ha supuesto nuevas cargas, pero, al mismo tiempo, estos países han recibido ayuda para sus reformas y su reestructuración. No es este el caso de los países de Europa central. Algunos afirman que en los acuerdos de Visegrad se adivina la voluntad de la UE de ayudarse a sí misma antes que a otros.

—Pero un centroeuropeo, ¿debe aspirar a una Comunidad más abierta, menos exigente, o dar prioridad —en la línea de Maastricht— al proceso de integración que dificulta cada vez más la apertura, que pone el listón cada vez más alto?

—Es una cuestión muy compleja para la que no hay una respuesta válida. Comprendo a quienes dicen que si la UE se consolida demasiado no quedará sitio para los rezagados, que el tratado de Maastricht se olvida por completo de los países de Europa central. Es como si acabásemos de comprar los billetes de tren y el tren estuviese ya en el andén a punto de salir. En cierto modo es exacto. Pero creo que nos interesa que la UE sea fuerte, que exista un vínculo real que permita tomar decisiones en momentos difíciles. Y creo además que se trata de un desafío para nuestros países al que no somos capaces de hacer frente. La consolidación y la ampliación forman un todo. Por otro lado, los criterios previstos por el tratado de Maastricht ofrecen una oportunidad, en tanto que obligan a nuestras economías a aceptar un modelo determinado.

Sin embargo, existe una contradicción entre la estrategia de racionalización de la economía nacional tal como la presenta el tratado de Maastricht —déficit presupuestario limitado, objetivos establecidos por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional— y los intereses nacionales a corto plazo; contradicción que podría tener graves consecuencias, tanto en nuestros países como en el Oeste: olas de nacionalismo, resistencia nacionalista a la integración europea.

—La Europa que se integra es una Europa abrumadoramente urbana. ¿No es esto una fuente de dificultades añadidas para Polonia en particular y para Europa central en general?

—El problema se plantea en primer lugar en términos de proyecto económico y social: la modernización. Las sociedades de nuestros países tienen aún una estructura tradicional: un tercio de la población vive en el medio rural. Cuando se compara esta cantidad con el 7%, el 6% o el 3% de campesinos en las sociedades modernas, la situación resulta difícilmente sostenible. En Polonia, además, se siente un gran apego por la propiedad privada, porque éste país no pasó por la colectivización.

Para acabar con el paro, cuya tasa es ya elevada en Polonia, se podría emprender una transformación estructural de este tipo y trasladar a una parte de la población del campo a las ciudades, o de oficios agrícolas a oficios no agrícolas. El problema es también político, porque esta tercera parte de la población mantiene actitudes conservadoras.

Pero hay también un aspecto cultural importante: en la formación de las culturas nacionales de Europa el esfuerzo de unificación ha ido a menudo ligado a la dominación del modelo de cultura urbana sobre las culturas tradicionales. No sólo ha desaparecido la cultura campesina sino todo lo que podemos llamar «cultura popular», todo lo que no correspondía al modelo de la cultura dominante. ¿Interesa esto a Europa? Se trata de una cuestión de estrategia general. Si partimos de la base de que Europa es igual a modernidad, sería necesario un modelo uniforme de economía, de poderes públicos y de cultura. Si, por el contrario, consideramos que Europa es igual a diversidad, a coexistencia de diferentes identidades nacionales y culturales, entonces sería necesario preservar estas diferencias, en especial la herencia cultural campesina y la cultura rural.

—Preservarla sin recluirla en un museo...

—Eso es. Lo que se ha hecho a veces con los museos folclóricos recuerda a lo que se ha hecho con los indios de las reservas en Estados Unidos. La cultura no se puede recluir en un museo. La cultura debe disponer de museos como instrumentos de expresión, y no al contrario. Los museos no pueden convertirse en reservas de cultura.

—Hoy día en muchos países de Europa occidental el tejido social está destruido, especialmente en el mundo urbano: pensemos en los marginados, o de modo más general en la desaparición o el debilitamiento de las capas intermedias de la sociedad. A partir de 1989, ¿de qué medios dispone Polonia, y en general las sociedades poscomunistas, para restablecer el tejido social, para crear nuevamente una sociedad civil que ya no tiene la fuerza del anticomunismo?

—En los años setenta y ochenta pensamos que la gran baza de Polonia era la creación de una sociedad civil fuerte, una sociedad dotada de un circuito de información y con lazos de solidaridad. El movimiento Solidaridad era en 1980-81 un movimiento de hombres y mujeres socialmente comprometidos que establecían su propia independencia con respecto al Estado, que parecía alienado. La sociedad civil —con sus cientos de títulos de revistas, periódicos, publicaciones literarias, sociológicas, de economía política, de derecho, de historia— era una inmensa fuerza aglutinadora a diferencia de lo que ocurría en la Unión Soviética, donde el fenómeno disidente era por definición un fenómeno de marginación voluntaria. No debemos olvidar que en 1989 todo fue posible gracias a esta sociedad civil polaca — como también gracias a ella había sido posible anteriormente sobrevivir a la represión introducida con la ley marcial—, principalmente la organización de la Mesa Redonda,

que era una forma de transición no violenta de un régimen a otro.

Esta sociedad civil de corte antitotalitario y anticomunista no tardó en demostrar su debilidad para construir una nueva economía, una nueva vida social, una nueva vida pública. Si intentásemos hacer balance global de los cambios acontecidos en Europa central, creo que podríamos decir que el punto débil es la sociedad civil: la sensibilidad de la mentalidad democrática y la cultura política. Algunos piensan que en este contexto es preciso limitar la participación de hombres y mujeres en la vida pública, para con ello limitar el espacio de la demagogia y el populismo. Considero que este razonamiento es absolutamente falso. Es imposible emprender una transformación tan profunda como la que vivimos en Europa central sin contar con la ciudadanía, y ser ciudadano significa ser consciente de las propias responsabilidades. Hay que convocar elecciones periódicamente, crear las estructuras de expresión de la vida pública que son los partidos políticos, y de este modo se irá formando poco a poco la sociedad civil.

Se ha dicho que la idea de sociedad civil de los años ochenta era la utopía de Solidaridad. Fuese o no una utopía, el caso es que fue este movimiento quien organizó la lucha real y eso tiene un mérito innegable. Pero había una contradicción entre democracia y sociedad civil, pues esta última era contraria al Estado. La sociedad civil que ahora necesitamos es una sociedad civil que convive con el Estado. Había una contradicción porque considero que nuestro concepto de sociedad civil ha impedido el desarrollo del pluralismo político, lo cual era inevitable. El actual desmoronamiento de la escena política en Europa central no tiene nada de extraño. Es un fenómeno transitorio que permite construir una sociedad política pluralista y establecer las instituciones del Estado democrático.

—¿Cuál puede ser a su juicio la aportación de Europa central y oriental a Eu-

ropa occidental en el plano de la ciudadanía europea?

—La idea de ciudadanía europea es muy hermosa, muy atractiva. Según el enfoque realista y pragmático, esta idea es un proyecto de futuro que no podrá realizarse rápidamente. Más allá de las simples medidas relativas a la libre circulación, el derecho político, etc., veo también en esta idea un esfuerzo por construir las estructuras de vigilancia democrática del poder y la burocracia. El compromiso de los ciudadanos es de tipo nacional, y resulta difícil a nivel europeo. Lo que aportan los países de Europa central y oriental no es sólo la idea de que el ciudadano tiene su parte de responsabilidad en la realización del proyecto europeo, sino sobre todo la asociación de Europa con la libertad, y también la asociación de Europa con las diferentes identidades nacionales. Los problemas de Europa central no son una vuelta al siglo XIX, lo cual bloquearía el desarrollo de la integración europea. Por el contrario, creemos que la toma de conciencia europea no debe desligarse de la importancia del fenómeno nacional: este es el mensaje de Europa central. Habría que replantearse la idea de Europa. Si existe una aportación positiva de Europa central y oriental, al margen del miedo que produce su incorporación a Europa, esta aportación no es otra que el cuestionamiento de la integración europea entendida como cerrazón. Pedimos que se abran las puertas de Europa no por nuestro propio bien sino por el bien de Europa y de la Comunidad Europea. Llegado el fin de siglo no podemos seguir funcionando con ideas y proyectos preconcebidos. Es preciso reconsiderar la verdadera experiencia europea para que sirva a la construcción europea.

—¿Son irreparables las consecuencias de la guerra de la ex Yugoslavia para el proyecto europeo?

—No. La lección es que Europa no existe, que carece de política común y que es incapaz de reaccionar ante una crisis grave. Esto es tanto más grave cuanto que la guerra en la ex Yugoslavia es el signo premonitorio de lo que aún le espera a Europa: la desintegración del Imperio soviético ha provocado un problema de fronteras que urge solucionar. ¿Cómo se solucionan los problemas de fronteras? La incapacidad de Europa para responder de manera homogénea al drama de la ex Yugoslavia es un mal presagio, pero tampoco es desesperante. Se ha perdido mucho tiempo, pero hay que reflexionar sobre lo que se puede hacer y lo que se debe hacer.

Ahora es esencial comprender el inmenso éxito de la integración europea, no pensar en el contexto de recesión que envuelve a Europa occidental. Y también es preciso ver que el peligro para el futuro de la integración estriba en la incapacidad para traducirlo a términos concretos, comprensibles. Las jóvenes generaciones son europeas por vocación, por preparación, pero no llegan a identificarse con el discurso tecnocrático, rechazan el discurso retórico. ¿Cómo asociar ambos discursos o cómo desecharlos a fin de hallar el modo de impulsar la idea europea? Esto es tarea de las élites y las instituciones europeas. El proyecto de integración europea es un proyecto razonable, pero ahora hay que demostrarlo. No basta con tener razón, hay que saber convencer.

*Entrevista realizada por Ghislaine Glasson
Traducción de Catalina Martínez Muñoz*